

EL MUNDO DEL LIBRO

Escribe: AGUSTIN RODRIGUEZ GARAVITO

Eduardo Santa

Sociología Política de Colombia.—Ediciones “Tercer Mundo”.—Bogotá-Colombia.

Tiene Eduardo Santa la vocación del escritor. Esa tremenda fuerza interior que nos obliga a decir la verdad, sin que nos sea dado recortarla en beneficio de determinado credo político. Un análisis sociológico que se parcialice, por sentimentalismo o vaguedades líricas, carece de toda razón de ser. Porque el sociólogo, tomando el vocablo en su más dinámico concepto, es sencillamente el médico de la sociedad que escruta y analiza. Si no logra abarcar el fenómeno de conjunto que ofrece la comunidad, su obra será necesariamente trunca. Es claro que, en el caso de Eduardo Santa, él es un militante político del liberalismo, situado a la izquierda. Pero ello no obsta para que se presente. Además, en el tiempo actual, cuando nuestros partidos históricos han sido superados por tremendas vivencias y realidades desgarradas y patéticas, no es de recibo el elogio inmoderado de formas de pensar que cumplieron su objetivo y pertenecen a cierta amarillenta luz de crepúsculo. Nuestros partidos políticos cumplieron cada uno su misión, a su manera. Pero las luchas enconadas por la religión, por el sistema federal, han pasado a ser curiosidad de museo. En cambio, nuestros partidos tienen que enfrentarse a otra clase de realidades que vienen arrasándolo todo. El problema social, el pan de cada día, la educación, la jornada laboral de trabajo, la asistencia cultural a los desposeídos y su irrupción en la vida nacional, son fenómenos que no se pueden soslayar, porque algún día nos despertaremos a una lucha de clases de pavorosas consecuencias.

Santa, analiza el papel de nuestros partidos políticos durante el tiempo, relativamente corto en que han actuado en la vida nacional. Como en todo acontecer humano, la grandeza y la decadencia se han presentado sin que frutos verdaderos de cultura política defiendan nuestra democracia. Nos hemos quedado en el brillo de las palabras, en el tono romántico, en el estilo marcial, pero nuestra democracia no envuelve la vida, ni menos la penetra como norma de conducta. Santa estudia los fenómenos nacio-

nales con ánimo desprevenido. Nuestra caducidad parlamentaria. La necesidad de fijar otras metas a nuestros ideales. El aire tónico que debe ser atmósfera vital, donde antes solamente se enquistaba el odio político heredado con el mismo apellido, como lo sostiene el autor.

Libro amargo y cierto. Un poco injusto con quienes forman el arco toral del partido conservador, que también ha sido defensor de los pobres, ha votado leyes sociales, y, especialmente, ha estructurado la Nación en sus líneas de autoridad y jerarquía.

Crispín

Una Entrevista con Nerón.—Ediciones “Tercer Mundo”.

Pedro Nel Duque vuelve ahora con un nuevo libro. Y depurado de cierta frondosidad inútil que hallamos en su primera obra “Memorias de Un Desmemoriado”. Duque maneja bien los resortes que mueven la risa y hacen borbotar la carcajada. Su humorismo es dislacerante, pero tonifica. No guarda hieles de amargura. Ni se alimenta de las negras uvas del resentimiento. Se mueve sobre partituras de hielo, con hilarante gracia. Y hacer reír es demasiado difícil en estos duros tiempos que vivimos. No está el mundo para guasas, ni el palo para cucharas. Todo es fúnebre o elegíaco. Nos ponemos graves o solemnes por cualquier vanidad. Y desinflar, destripar muñecos de aserrín es una obra de caridad que debemos agradecer a quien la practica. Como lo hace este fino ingenio que encuentra la verdad de hipotéticas razones que mueven a los seres, convirtiéndolos en funámbulos de cartón o en monos de niebla y greda.

La entrevista con Nerón es sencillamente admirable. La historia vista de revés con lente deformada. Este Nerón es la contrapartida del otro, de aquel que suplició a los cristianos y se vistió de pirómano, mientras recitaba octasílabos griegos. Es la historia universal disecada, pero convertida en anécdota, en gracejo, por obra de un escritor que maneja un lápiz buído, y hace del sarcasmo una religión. Para darnos la dimensión de gigantes que son enanos, de héroes en pantuflas, de guerreros, sin plintos, ni rodela, triturados por un mundo moderno que los halla reducidos a las más mínimas proporciones.

Duque es dueño de una cultura que dosifica y diversifica. Lo prueba su entrevista con Petronio y las deducciones que va sacando de su diálogo con el personaje. Nada en este libro es rebuscado, ni traído a vivo palo al texto escrito. El humor corre en vena abierta que nos hace recordar a Camí en su estupendo libro “El Juicio Final” o a Clarasó en “Sus Figuras Histriónicas”. Todo agradable, salpicado de gracia, docencia para estos tiempos agrios, donde los nervios viven en tensión y el terror, la desesperación, el hambre carcomen todo el maderamen social.

Magnífico libro este, que recomendamos a nuestros lectores.

Augusto Angel

La Sombra del Sayón.—Novela.—Editorial Kelly.

Otro relato descuadernado y efímero sobre la violencia. El tema lo consideran "plato fuerte", quienes se inician en cierta forma de literatura que ningún beneficio le hace a la cultura colombiana. Estos relatos descosidos de Augusto Angel, no puede decirse que sean una novela. El género exige una serie de calidades, intuciones, resplandores, vela de armas, que no encontramos en esta obra. No tiene, en consecuencia, ninguna relación con el género novelístico. Pero a falta de la técnica necesaria, de la falta de suspenso, iniciación, temática y final disolución de los personajes, el autor se regodea en pintar a brochazos las secuencias de la violencia sin escatimar nada, sin velar sus palabras con la belleza creadora del verdadero artista de la palabra. Algunos escritores consideran que si ahorran al lector la crudeza de lenguaje o la nimia presentación de la realidad cruel, sus obras pierden en densidad y mensaje. No dejan nada a la imaginación del lector. Lo sumerge de cabeza en el lodo de odios, resentimientos, furores, bajezas morales que pintan. Sistema falso de ver la realidad. Porque el artista creador tiene miles de formas para darnos una evidencia sin llegar a los peores extremos, tanto en el uso y abuso del lenguaje, como en la descripción de tipos y escenas. Naturalmente para lograrlo se requiere talento literario, fina sensibilidad, genial intuición, sentido del "suspenso", magia en una palabra.

Esta "novela" de Augusto Angel, es, en consecuencia la negación del tema. Y penosamente desagradable para leerla. Además, erizada de sectarismo, en un tiempo en que el cristianismo, la comunión entre hermanos, la alegría de la obra en común, deben predicarla y enaltecerla los escritores colombianos.

José Mar

Prosa.

Algunas semblanzas de políticos colombianos y un racimo de mieles barresianas y geórgicas, integran este volumen de José Mar. Pertenece, intelectual y sentimentalmente, al universo literario en el cual fuera maestro, Armando Solano. Porque la arquitectura verbal de estos ensayos, tiene densidad humana y gracia poética. Mar es un poeta, aunque nunca haya escrito versos. Pero lo telúrico, la raíz de su tierra nativa, la resonancia que dejó en su espíritu la tierra, la melancolía como una flauta de cristal, el sentido y encanto reminiscentes que andan sueltos como cabritillos por estos textos, han sido el elemento configurativo de una prosa que hace honor a las letras colombianas. Mar conoce muy de cerca los laberintos de lo mágico-poético. Porque conserva las alucinaciones de la infancia, esa brujería mágica del niño que no conoce la razón y sus entedas líneas que desjugan nuestra emoción.

Durante muchos años, José Mar fue editorialista del periódico "El Espectador". Y se compenetró tanto con la prosa de don Luis Cano, que muchas veces se confundía el estilo de los escritos de ambos periodistas. Mar ha vivido siempre en función de profundidad, de atisbo en su mundo anónimo. Parece que una timidez congénita rodeara su figura. No gusta mucho de exteriorizarse, ni de soltar las jaurías siempre hostigantes de las palabras. Pero como escritor, en su prosa abundan el candor de la camelia, la luz de sus valles nativos, la música de un organillo que abriera con las flechas de su melodía los racimos dorados de una remota Primavera.

Sus condiciones de estilista, de catador de nobles esencias, de suspirante sacerdote del paisaje y de hormiga que carga en su lomo pequeños mundos arbóreos, es indiscutible. Estas prosas son casi poemas en prosa, por su añorada ternura y su visión mistraliana de Colombia.

Guillermo Ruiz Rivas

Simón Bolívar.—Más Allá del Mito.—Ediciones "Tercer Mundo".—Bogotá.—Colombia.

Tenemos que confesar que apenas vamos a mitad del camino en la lectura de esta obra que, por su magnitud y densidad, tiene que ser analizada sin apresuramientos. Pero no sería honesto de parte nuestra, negar o desconocer la importancia de un trabajo histórico de tan responsable confrontación con los hechos históricos. Y está bien que nuestros héroes dejen de pertenecer al mundo de la mitología para encarnar en seres humanos que bracearon trágicamente por hallar un camino para la libertad y liberarse ellos mismos de sus propias cadenas. Simón Bolívar ha sido cantado y exaltado hasta el delirio. Esta actitud lírica tiene la importancia de hacer germinar las espigas del Romancero. Pero no podemos quedarnos únicamente en estas brumas brillantes, espigando palabras doradas como trigos. Que se confronte su vida, su destino, sus victorias y sus derrotas. De este trabajo de poda, quedará firme, escueta, templada su figura procerca, su don de mando, el sentido porvenirista que tuvo de nuestros pueblos, su orgullo imperial para dejarnos un sitio de alto decoro en el mundo de las relaciones internacionales.

Que fueron grandes los granadinos, no hay lugar a duda. Todo lo dieron por la libertad. Cometieron errores y supieron de las flaquezas de toda carne, del triste destino del hombre, corto de años y largo de sufrimientos, que dijera el Eclesiastés. Ruiz Rivas comprende la importancia de que bajen las aguas, y se pongan a nivel, para poder escrutar el pasado colombiano, sin que la hipérbole, hinche las velas de la barca que ha de realizar la navegación. Es un historiador que hace uso parco de documentos y datos. Los que en manos de otros escritores se convierten en fárrago, en cansina memoración, sin que el mismo documento, que tiene una vida interior, les diga nada, porque no saben concatenar la letra es-

crita con la realidad humana que la produjo. Es necesario que la historia no sea algo muerto, un cementerio de fichas y datos, sino una experiencia, una lección a seguir, un ejemplo y una vivencia.

El autor que comentamos ha trabajado seriamente en este libro. De difícil lectura, no por la prosa, clara y sin recovecos, cuanto por la premura del tiempo para confrontar el valioso material que ha adjuntado en sus dos tomos que son de verdadera importancia en la vida de Colombia. Muerto el gran historiador colombiano don Jorge Ricardo Vejarano, sepultada la hazaña de don Vicente Lecuna, con su lámpara encendida frente a los trofeos de Bolívar, viene ahora Ruiz Rivas a continuar una tarea que tiene sus riesgos, pero también sus compensaciones.

Cuando hayamos terminado la lectura de los dos tomos, nos ocuparemos a espacio de su obra. Pero es preciso llamar la atención de nuestros compatriotas hacia ella, por la seriedad, la meditación, las vigiliass que hicieron posible este magnífico aporte a la historia de la Gran-Colombia.